

La educación como factor de evolución

I

Davidson, es uno de los más grandes propulsores del individualismo.

Ha estudiado la evolución y deduce que, cuando ésta llega a ser conciente en el espíritu del hombre, se convierte en educación.

Para él, toda educación racional, persigue un fin evolutivo, cumplimentando una obra de progreso. Nos dice: «Al ver que el propósito inmanente de la evolución es la realización de la *individualidad libre*, esto es, de la personalidad moral, he tendido a mostrar los pasos por los cuales ha sido esto gradualmente alcanzado, y a indicar aquellos que hace falta recorrer todavía».

Refiérese, a la esencia de su libro: «Una Historia de la Educación», donde constata los rumbos que han seguido las generaciones pasadas en materia de educación y alumbra las rutas que habrá de seguir el educador del porvenir.

Así como, D'Launay, en su «Historia de la Tierra», nos demuestra, pasando revista a los desenvolvimientos evolutivos de la materia cósmica, desde la gran nebulosa que dió origen a nuestro planeta hasta el hombre, que la tendencia de todo ser orgánico es, resistir y sobreponerse cada vez en mayor grado a las fuerzas provenientes del medio, así también, Davidson, nos señala, que el norte evolutivo que guía a las mentalidades más avanzadas de la humanidad, a través de todos los tiempos, es un propósito de independencia, es el anhelo de libertad que se alcanza solamente por grados, en relación con las etapas de sabiduría que el hombre cumple y según el progreso psicológico a que haya llegado o pueda llegar en un momento dado de su historia.

Entendiendo, Davidson, que la educación es el factor mayormente revolucionario en el medio social, el agente propulsor del progreso moral del hombre, vierte conceptos honrosísimos para el educador que tenga noción de su alta misión y de los amplios horizontes que se abren a su actividad.

A ese respecto, dice en el preámbulo de su libro: «Al colocar la educación en relación con el progreso total de la evolución, como su forma más elevada, he aspirado a revestirla de una dignidad que difícilmente pudiera de otro modo recibir o reclamar. Desde diversos puntos de vista, la profesión del educador parece bastante insignificante e inútil comparada con aquellas otras más llamativas que hay en el mundo; pero cuando es reconocida la educación como la fase más elevada del proceso del mundo, y el maestro como el principal agente en aquel proceso, ambos asumen un aspecto muy diferente. Entonces se mira la enseñanza como la profesión más noble y

la que reclama mayor devoción y entusiasmo».

Muy pocas veces se ha hablado tan bien de los fines racionales de la educación, ni de la misión altísima, que en el progreso moral del hombre, puede desempeñar el maestro, el artista y el pensador.

Colocada la educación en camino de servir los altos fines de progreso humano, único sentido racional que puede tener la civilización, la emancipación del hombre se irá produciendo a medida de los desenvolvimientos de su inteligencia, en relación íntima con el grado de consciencia y de bondad a que haya llegado su alma.

Y si esto es verdad, si cuanto vale como progreso efectivo, se realiza en dominios de lo consciente, si las ideas van ahondándose en el espíritu hasta constituirse en sentimientos propios, ¿por qué no habremos de iluminar nuestra vida, educándonos para educar, instruyéndonos para instruir, llevando luz a las conciencias y sembrando en ellas los anhelos de belleza, de justicia y sobre todo, de libertad?....

TEMAS OBREROS

LA PRENSA

A la más urgente actividad que se deben dedicar los gremialistas, es a organizar sus elementos de propaganda, sus medios de cultura, sus armas de combate, es decir, su prensa.

Los hombres progresistas que se dedican con especialidad a los problemas obreros, que preferentemente les preocupa alcanzar en el menor tiempo satisfactoria solución a la emancipación económica, no deben olvidar que la piedra angular de la organización, el medio apropiado para combatir continuamente al capital y al Estado, es la prensa obrera de amplio tiraje, formato digno y redactada con altura.

Es bien sabido, que uno de los principales elementos defensivos con que cuenta el capital, es una prensa que abarca todos los órdenes, todas las especialidades susceptibles de interesar a los hombres, todos los campos, incluso el económico. La prensa es su agente político, el vehículo de sugestión que va poco a poco creando una atmósfera en la colectividad favorable a sus puntos de vista. Con el recurso periodístico, también se rodea el capital de los mejores elementos intelectuales, los que utiliza habilidosamente en sus publicaciones, los transforma en instrumentos de su propaganda conservadora y los hace servir como inductores de los obreros hacia esferas de sumisión. Son muchos los intelectuales, amigos de la emancipación económica, que están a las órdenes del capital y escriben en sus periódicos contra los intereses proletarios, privando así a la causa del trabajo de un concurso valioso. Es notorio, que si la política alcanza tan alto vuelo y el gremialismo tan poco; si interesan

más las cosas subalternas como es el football y otras pasiones muy extendidas entre la juventud proletaria, que los problemas del mejoramiento colectivo y transformación social, a la prensa hay que atribuirlo en parte, a su propaganda realizada sistemáticamente en ese sentido.

Se hace indispensable, pues, para orientar al pueblo, para sembrar ideas, para influir y tonificar la fibra combativa de los trabajadores, que el trabajo organizado tenga sus elementos de publicidad en gran escala, en modo tal, que pueda contrarrestar la influencia que tiene actualmente en el medio la prensa burguesa y llevar la organización obrera al más amplio estado de desenvolvimiento y progreso.

El compañerismo

No hay compañerismo, oímos decir. La vieja organización anarquista, temible a los ojos de la burguesía y que imponía respeto al gobierno mismo, ha desaparecido. No hay unión, no hay solidaridad. Los viejos compañeros se retiran entristecidos, diciendo: «el anarquismo, como algo orgánico, como fuerza colectiva, es cosa muerta».

¿Es así la realidad?..

¿Hay tanta sombra en este cuadro del anarquismo? ¿Es de lamentar mucho la ausencia de ese compañerismo? Si y no.

Si el compañerismo no existe como antes, no es culpa de las nuevas concepciones ideológicas, sino del fanatismo de los creyentes en el «anarquismo histórico». Ese fanatismo, que hace que se mire al compañero que se atreve a pensar con su cerebro, a tener ideas algo distintas a las nuestras, como un verdadero enemigo.

Los viejos anarquistas, por sus convicciones viejas y no por el tiempo que lleven en el campo de las ideas, son muy libertarios en teoría, pero no han aprendido aún a respetar a quienes piensen distintamente a ellos, ni siquiera a respetarse mutuamente.

Y, sin embargo, un hombre que se estima como tal, un verdadero libertario, debe respetar las ideas de otro hombre y si discute, debe hacerlo con toda cultura, a base de razones, sin odio, sin pasión, sin ánimo ofensivo. Esto sería lo honroso, lo ejemplar, lo digno; pero es precisamente lo que no se hace. ¿Porqué?.. No lo sabemos. En lo que a nosotros se refiere, respetamos a todo compañero que, con sinceridad y amor, sostenga sus ideas, aun cuando lo juzguemos equivocado. Lo que no respetamos es la farsa, es el criterio, es la postura en trágico de quienes conocemos como grandes propagandistas revolucionarios y los sabemos incapaces para conducirse en la lucha a la altura que lo exigen sus predicas incendiarias.

Respetamos al equivocado, es decir, al que suponemos tal desde el punto de vista de nuestras ideas;

pero no podemos estimar ni tener por compañeros a los que proclaman la revolución y no son revolucionarios, ni a los que, como una viveza, utilizan la mentira en la propaganda.

El compañerismo, solo puede existir en la sinceridad; en cuanto falte ésta en el campo de las ideas, el compañerismo estará ausente, esa unidad orgánica, en un sentido solidario, no podrá existir.

Valor consciente

Para quienes han negado valor a lo consciente, anhelando que los hombres vuelvan al estado de instintividad salvaje, al impulso ciego y violento, y que a eso le han llamado anarquismo, viene muy bien lo que dice Gilimón, en un artículo que publica «La Rebelión».

En verdad, que nada mejor ni más oportuno podría decirse, desde las mismas columnas donde se han sostenido los valores de la impulsividad, el coraje y bravura de los ignorantes sobre el sereno valor del hombre consciente.

«Los impulsivos, son por lo común procaces, deslenguados, muy prontos para el golpe innecesario y fuera de ocasión...; y en otra parte, agrega, reforzando la tesis del valor consciente: «Les basta con hacerse los bravos ante quienes suponen débiles o bravos como ellos, y ante quienes no les hacen caso porque saben que la valentía impulsiva es un residuo de otras generaciones y ni crea nada, ni derrumba nada, ni para nada sirve»...

Comprendemos que la intención del autor va contra el matonismo que se ha entrado al campo anarquista; pero sus argumentos sirven para darle una significación más amplia. Sobre el mismo tópico, recordamos algo muy bien dicho por el doctor Toulouse, en su libro—«Cómo se forma una inteligencia»—: «Lo que hay que combatir—dice—son los sentimientos sin valor, y, generalmente, todas las emociones cuando, por el desorden que suscitan, impiden las libres deliberaciones de la voluntad».

«La tranquilidad de las actitudes lleva al ánimo la calma propia para los razonamientos ponderados». Y así es, en verdad.

En el valor consciente hay serenidad de ánimo, no se retrocede jamás, no existe el miedo.

Párrafos

Toda ley, aun hasta la ley que pretende imponer la libertad, es opresiva. El mandato no tiene otro origen que el despotismo, ya provenga de un sabio, de un apóstol o de un tirano.

La libertad es un estado de cultura, trabajada y atianzada por el hombre que ajusta su vida a interpretaciones naturales, sin dejar de estar atento al derecho que en tal orden debe asistir a todos sus semejantes.

J. T.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XV
EL DECÁLOGO
IX

Muchas de las ideas filosóficas que se exponen, se prestan a torcidas interpretaciones a causa de las voces que se escogen para expresarlas. Las palabras no son lo suficientemente explícitas para contener o expresar el sentido verdadero de algunas ideas, muy escondidas en lejanas regiones de la reflexión. Hay un divorcio irremediable entre el léxico rígido, hecho o acabado, y el pensamiento filosófico un tanto atrevido. El idioma queda muy atrás de los avances que efectúan ciertas investigaciones de la ciencia o de la filosofía. Esta dificultad de expresión no la tienen, ciertamente, las demás ramas de la literatura. El lenguaje de una novela es siempre más o menos el común, pero no lo es el lenguaje metafísico que intenta una nueva interpretación del universo, de la vida o de los seres. El filósofo, pues, es oscuro casi siempre. Tiene que luchar con la idea y con la palabra; y aun mucho más con ésta que con aquélla. El resultado es de incompreensión, casi siempre, para la generalidad de las gentes.

De tales oscuridades está impregnada la maciza teoría de Massioti. Su noveno pensamiento tiene una gran apatencia de sencillez, pero concentra, como un secreto, un dilatado fondo de abismo. El problema que plantea descansa sobre dos hermosos sustantivos. El primero es la *inteligencia*; el segundo la *sensibilidad*. Y aunque de ellos no se deriva la dificultad ideológica de comprender, la tienen, sin embargo, los sujetos filosóficos que representan. La inteligencia la sitúa Massioti en la mujer y la sensibilidad en el hombre. Los valores filosóficos de la ideología que determinan o entrañan, los hallamos invertidos, sin que para ello medie una explicación o un prólogo que plantee el problema, de suerte que el equívoco no acompañara a la definición.

El filósofo quizás haya tenido sus razones para fijar la *inteligencia* en el sexo femenino, pero esas razones, sean las que fueren, carecen de historia y de medio. En efecto, si un artista pictórico, en medio de un desierto, tratara de pintar un paisaje del trópico o un suelo fértil circundado por una atmósfera de fecundidad, diríamos nosotros que se proponía la realización de un absurdo. Y diríamos bien, pues que en un desierto no hay otra cosa que aridez, dureza, inclemencia, montañas de arena que el viento construye y destruye, como juguetes de su predilección. ¿De dónde podría sacar el artista el paisaje tierno, riente, lleno de verdor, de flores y de frescura? El desierto no produce nada de tales maravillas, propias, únicamente, de las regiones tropicales y meridionales.

Una deducción análoga hacemos de la *inteligencia* en la mujer, como cualidad predominante de la especie. La inteligencia es la facultad de comprender, de percibir, de distinguir, de examinar y de investigar. Y si es la comprensión, como creemos, la que va esclareciendo el

destino humano, esa cualidad la posee el hombre en grado superlativo y no la mujer. En los trabajos de la inteligencia, el hombre ha sido en todos los tiempos y en todas las latitudes, primera persona. La mujer, con relación al hombre, vive muchos siglos atrás. Este atraso espiritual hay que buscarlo en su propia estructura psicológica y ahí lo buscan y lo encuentran, sin duda, los psicólogos y fisiólogos modernos. «La mujer—dicen—es incapaz de una labor científica sostenida o de una labor creadora. Su sistema orgánico y su contextura psíquica no se lo permiten».

Pretextase, sin embargo, de que en ciencias y en filosofía ha habido mujeres de tan poderosa inteligencia como los más grandes sabios de su época; pero se ha visto también que en ellas se ha operado una como metamorfosis híbrida; ni han sido mujeres ni hombres, sino una cosa intermedia difícil de definir. La señora de Curie, por ejemplo, es un caso típico. Los que han conocido a Maria Sklodowska, tratado y escuchado, son contestes en afirmar que de ella ha volado el sexo. Y ello es perfectamente lógico. El pensamiento trabajado en la intensidad y consagrado a profundas investigaciones y a creaciones originales, talla en la mujer esas anomalías. Hasta los mismos hombres que lo poseen, se apartan mucho de los de su sexo. El sabio, por lo común, desarrolla ciertas rarezas que inspiran a los demás, ideas críticas de censura o de admiración. Y es que parece como que no atinaran a ser hombres vulgares. La vulgaridad posee un sentido lógico de la vida de acuerdo con sus adaptaciones y evoluciones, que no es posible puedan poseerlo los hombres abstraídos de las realidades ambiente y dedicados a interpretar las fuerzas, las leyes, los movimientos y los componentes de la naturaleza y de la vida.

Ahora bien, el radio de superioridad, de dominio o de gobierno de la mujer, puede decirse que es de *sero*, pero nunca de *inteligencia*. Las sociedades antiguas y modernas bien poco o nada tienen que agradecerle en lo que se refiere a su política, al moldeamiento de sus costumbres y de sus civilizaciones. Su funcionalismo es *estático* o *reposal* y sus progresos son de continuo una dependencia de los progresos del hombre. Las supersticiones de cualquier género que sean, encuentran en su débil entendimiento una lógica simplista de interpretación. Dios, con todos sus poderes y atributos inherentes, existe por la mujer en estos tiempos de positivas definiciones naturales y universales. Su inteligencia no se halla conformada para la duda, ni para el examen, sino para la aceptación simple y llana. Empero, su sexo tiene un gobierno positivo, como hemos dicho, genital o de instintos. El hombre cede ante la pasión voluptuosa que siente por la mujer, pero esa pasión que logra subordinarlo sólo dura contadas primaveras. No; si la inteligencia es comprender e

investigar al lado allá de lo comprendido, si consiste en seguir el curso de una idea sin perderla de vista a lo largo de las oscuridades de la vida, la inteligencia no está, pues, en la mujer, sino en el hombre. La mujer, tal vez sea más sensible que el hombre, lo contrario de lo que opina Massioti y cree haber evidenciado. Es necesario, no obstante, dejar bien definido lo que significa el sustantivo *sensibilidad*. La sensibilidad la entendemos nosotros siendo subjetiva. Los pesares que sentimos sin percibir claramente de donde vienen, la tristeza, la alegría y otros muchos sentimientos similares, son sensaciones subjetivas. El subjetivismo de tal suerte desarrollado, se produce en mayor cantidad en la mujer que en el hombre; y se produce, precisamente porque la inteligencia de la mujer es menos despierta que la del hombre; y porque las cosas que percibe, ve y toca, no las somete a reflexión y a examen. Sin embargo, no hay sensación que no repercuta en la inteligencia y que no ponga en la actividad una o varias sucesiones de ideas. Luego si el hombre aparece siendo menos sensible que la mujer, no es porque losea en rigor, sino porque en él no se desarrolla ese subjetivismo o inconsciente. El hecho es claro: si a mayor inteligencia han de producirse necesariamente mayor número de sensaciones, el hombre, por la lógica enunciada, es también mucho más sensible que la mujer, como lo son en un orden universal unos pueblos sobre otros pueblos, unas razas sobre otras razas, unas especies más evolucionadas sobre otras especies menos evolucionadas.

Nosotros habríamos deseado muy sinceramente que Massioti hubiera sentado con datos antihipotéticos la teoría de por qué la mujer es más inteligente que el hombre y de por qué éste es más sensible que aquélla. Pero este deseo nuestro no sale de su cualidad de jerarquía. Y al leer su noveno mandamiento quedamos sorprendidos de la nueva significación filosófica de sus términos o del cambio respectivo de sujetos, en contra de todas las experiencias de la historia. Dice así:

«No olvides que en toda mujer hay genitualmente la madre de un hijo.... (Y haz lo que puedas o te permita tu virilidad en el momento de actuar; en ti no reposa la defensa del hijo y de la Especie). Imponte a la mujer, por tu actividad sensible; porque intelectualmente ella te dominará siempre».

¿No os sorprende el tono axiomático de las tres proposiciones enlazadas, como tres postulados de ciencia experimental? En ellas hay un sentido nuevo de interpretación que destruye de un testarazo la filosofía de todos los siglos. Que en toda mujer hay genitualmente la madre de un hijo, eso lo sabe por un funcionamiento mecánico el instinto de perpetuación y de conservación de la especie, como lo saben sin ciencia alguna los vegetales y los animales. Pero la recomendación imperativa tiene un sentido humanista que el filósofo no expresa. El hombre, en efecto, por una convicción ética, debe ver en la mujer a la madre, para que jamás desmerezca en su concepto de justicia y de libertad, como viene

desmereciendo hasta ahora. La idea es grande y es al mismo tiempo de un sentimiento profundo, el sentimiento que ha de hacer de la mujer la compañera del hombre y no su esclava, el sentimiento que ha de declararla libre en sus actos vitales de maternidad. La mujer, por un arbitrario dominio del hombre, creador de artificiosas y despóticas conveniencias, tiene casi atrofiado su sentido de elección sexual; se ayunta con el *primero* que se le acerca y no con el hombre elegido por su temperamento, por su voluntad y por sus deseos. La continuación de la especie sufre este desmedro de lo fortuito, y como es lógico suponer las generaciones adolecen de desequilibrio sentimental y psicológico. Por esta circunstancia el hombre debe saber que en cada mujer hay una madre y que de cada madre nace el hijo sobre el que ciframos todas nuestras esperanzas de futuro, al legarle nuestras labores de humanidad, de civilización y de ciencia.

En cuento a que el hombre haga virilmente todo lo que pueda en el momento de *actuar*, es una proposición que no nos sugiere ningún alcance filosófico. En ese estado el hombre hace lo que puede, pues que entonces el único sentido que domina y predomina es el genital con prescindencia de todos los otros. Pero la otra proposición, la que tiene invertida los sujetos y por consiguiente el orden filosófico de los sustantivos *inteligencia* y *sensibilidad*, es la que conceptuamos fuera de toda lógica y de toda experiencia. Por la inteligencia de la mujer, la vida social humana no habría salido de sus balbuceos primitivos, de aquellos balbuceos incapaces de sobrepasar los primeros horizontes del espectáculo de la vida. Los sexos tienen una actuación vital de especie, como la tienen las razas. Y si es cierto que el hombre tiene el mismo origen común que la mujer, ello no obsta para que una y otro sigan desarrollos cualitativos distintos, como los siguen todas las especies, a pesar de tener por cuna una misma causa generatriz de la sustancia creadora u orgánica.

José Torralvo

Afirmaciones y Críticas

Los propagandistas del anarquismo tienen obligación de discutir y propagar sus ideas con razonamientos y verdades? Creemos que sí. ¿Se hace así? No, no se hace. La mayoría de las veces, cuando combaten otras doctrinas económicas o políticas, no analizan las mismas, no exponen argumentos dignos, sino sofismas y afirmaciones dogmáticas.

Y es, que la mayoría de los que escriben la prensa ácrata, son perezosos mentales. No sólo no estudian, sino que en su gran mayoría son sectarios, sistemáticos, cerrados a cal y canto para la comprensión de toda otra idea que no sea la propia. Se parecen en eso a ciertos católicos que, no muy seguros de sus creencias, rehuyen toda discusión, escapan a toda lectura científica por lo inquietadora, se acorazan de insensibilidad y de ignorancia para conservarse firmes en sus convicciones.

Lo que se pesca en nuestra prensa

sa, son las posturas airadas, los gestos trágicos, las declamaciones bélicas; lo que sobra en ellos, es audacia para decir, coraje para suponer gratuitamente de los adversarios, e insultarlos por añadidura. ¡En eso se pintan solos!...

El mayor peso sobre el anarquismo, es la ignorancia. Una ignorancia con etiqueta de sabiduría; un charlatanismo y gritería de leguleyos, de plebe parlamentaria, de grupo y club político.

¿No hay acaso, quién suelto de cuerpo y diligente de lengua, nos dice desde los periódicos que se titulan libertarios, que la instrucción y la cultura perjudican la obra de emancipación? ¿No hay por ventura, quienes suponen que la inteligencia, la capacidad intelectual, estorba para la revolución? ¿No hay quienes afirman doctoralmente, con pésimas ortografía y sin sentido común que, «la psicología humana no tiene lógica»? ¿Y qué propaganda, que ideas, que enseñanzas pueden provenir de quién nos dice que la ignorancia es un bien?

No se nos diga que exageramos.

En el último número de un periódico local que se dice anarquista, en un artículo firmado por uno de sus redactores, leemos: «*Seamos entonces más presentimiento que razonamiento, más instintivos que analíticos; seamos impulsivos, todo impulso*»...

Si son todo impulso, todo instinto, todo barbarie, se explica que odien al hombre que es franco, viril y sincero, al hombre que les dice la verdad.

Y, en efecto, si tuvieran fuerza para ello, le condenarían por blasfemo al suplicio del silencio. Para quién critica, para quién señala sus errores, ellos desean el aislamiento o algo mejor aún: un silencio de tumba.

Si no es solamente un individuo, si es un conjunto de hombres buenos, si es una publicación la que adopta un temperamento combativo e inicia la lucha contra la hipocresía ambiente; si es una publicación que critica, que pega duro contra los errores propios y ajenos; si se exige luz, verdad, carácter, franqueza, hombría en los propagandistas, aparecen la conjuras tenebrosas, las investigaciones íntimas y el boycott so' a la y j-s-ita.

¿Qué existe un periódico que le dice a otro que su propaganda es equivocada y se lo demuestra con argumentos dignos? pues no se le contesta. El fanatismo los trastorna en ciegos, levanta murallas en su espíritu, los estrecha, los fosiliza en unas concepciones primarias que tienen más de creencias y supersticiones que de idealismos. Bien lo dicen ellos: «seamos más presentimiento que razonamiento, más instintivos que analíticos»....

José Tato Lorenzo.

SINTÉTICAS

Cuanto más ames, cuanta más bondad atesoras en tu alma, mayor será la cosecha de dolor en cada día de tu vida.

Aquellos que tanto te difaman, están forjándote un pedestal, dan fé de tu valía: estímalos.

Un tipógrafo, no puede ser anar-

quista—nos decía un pobre hombre que tiene la manía de las clasificaciones—porque tendrá que estampar sobre el papel alguna vez, conceptos ajenos que pueden estar reñidos con sus ideas. Con semejante criterio, el mejor anarquista sería un rentista, pues que es el único que, según la manera estúpida de como está organizado el mundo, no necesita trabajar para vivir.

Si tu sinceridad es tan grande que alcanza al sacrificio de mostrarte tal cual eres, con tus defectos y virtudes, compra un paraguas y tenlo abieito, por que se abatirá sobre ti lluvia de críticas, y no te faltará sabueso que ande tras de tus pasos, vigilando tu vida y haciendo critiquilla de tus máximas y mínimas acciones.

Tu mayor enemigo, no es aquel que habla mal de ti y en toda ocasión que se le presenta suele pintarte como un monstruo; tu mayor enemigo es, quién diciéndose íntimo tuyo, compañero y amigo, permite que la calumnia contra ti pase por su lado, sin levantar la voz contra ella y por tu defensa.

No es tan malo el maldiciente enemigo, como el mal amigo que le escucha.

Los horrores de los Cafetales

¡OID TRABAJADORES!

Ante todos aquellos que desvergonzadamente vienen a embaucar a los trabajadores para llevarlos a aumentar sus sufrimientos y hundirlos más aún en la esclavitud y el dolor en las tórridas regiones del Brasil, en los extensos y ricos cafetales devoradores de carne proletaria, levantamos nuestra voz y le salimos al paso diciéndoles:

Venimos a quitaros la careta y dar el más rotundo mentis a vuestras cínicas y mentirosas afirmaciones; venimos a destruir los engañosos conceptos con que arrastráis a los proletarios hasta los antros del crimen; venimos a decir a los hombres de trabajo, con la mayor sinceridad, que nos escuchen y no caigan en el cerco de artimañas que han tejido habilidosamente esos canallas capitalistas.

Con la mejor voluntad, sin exageraciones, fieles a un propósito justiciero y verídico, vamos a exponer todos los horrores que en los cafetales tienen lugar; vamos a pasar revista a casos concretos, evidenciando los inauditos crímenes que contra los productores se cometen.

Entremos en materia:

Los obreros, cuando parten de aquí, del vecino país y aun de los poblados y ciudades del Brasil, se le prometen muchas cosas, se les aseguran óptimas ganancias y comodidades, que en realidad, no han de disfrutar nunca. Una vez allí los obreros, por el primer año que están, no tienen que hacer contrato si no quieren; pero una vez terminado éste, si es que deben algo, se le obliga a ello.

Donde hay un solo almacén, cuyo dueño está en arreglos con los industriales, se explica que se cobren precios tan elevados por los artículos de primera necesidad, que ello resulte ser una verdadera ex-

poliación, un robo manifiesto. En efecto, allí se cobran precios del siguiente tenor: Un kg. de harina vale de 25 a 30 cts., el litro de keroseene cuesta 30 cts., el pan no se puede comer, porque de tan caro que resultaría, suponen que no tendría compradores y no lo hacen.

Si apesar de las ofertas de 14 o 15 reales que se le ofrecen al obrero, una vez allí solo se le paga 30 cts. por día, ¿no es natural, que, dado los precios exorbitantes que cobran por los artículos, el proletario se encuentre en condiciones de deudor perpetuo? Y luego, ¿cómo se podría salir de aquel infierno, cómo agenciarse para el pasaje, máxime, teniendo familia?

Los obreros son arreados del mismo modo que si fueran bestias; la jornada se inicia a las 4 o 5 de la mañana y finaliza cuando no hay más luz. Si alguno se enferma, le dan su trabajo a otro y no le pagan lo que tiene producido.

Es caso muy frecuente de que llueva, y por tal causa, hay que parar el trabajo; cuando deja de llover, va un verdugo que oficia de fiscal a buscar a los obreros y si alguno no quiere trabajar porque no tiene voluntad, le aplica una crecida multa.

En todos lados, los reglamentos del trabajo se le entregan a los obreros y con tal motivo le venden en 40 cts. una libreta, que deben tener todos por igual, lo mismo que las herramientas. Si un obrero no quiere trabajar más y pretende rescindir el contrato, tiene que dejar a beneficio de la compañía, a título de indemnización, la mitad de lo que ha trabajado.

Hasta ahora, he enumerado solamente los puntos más salientes de la tiranía que impera en los cafetales; pero muchos otros vejámenes, castigos, verdaderos martirios tienen que sufrir los obreros que van allí.

Trabajadores, hermanos míos, si en verdad queréis a vuestros hijos, si no deseáis que se os mueran tuberculosos, no vayáis a los cafetales, que allí impera el dolor, allí impera la muerte.

Si no bastan mis palabras a convenceros, id a oír de labios de la viuda del obrero Antonio Lopez, muerto allá; id a visitar a esa valiente mujer, que después de mil sufrimientos y quebrantos, logró escapar por fin de las garras de esos ladrones, de esos buitres, gracias a lo cual ha podido salvar a su hija de la peste blanca, de la aterradora tuberculosis.

Allá, en aquellas malditas regiones, gime su dolor bajo el rigor de los bárbaros, un hermano de esa mujer en compañía de cuatro pequeños, futuras víctimas del terrible flagelo, pues, que por carencia de medios no puede huir de ese lugar de maldición. Id, id a visitarla en la calle San Félix en Villa Dolores; id a escuchar de sus labios las dolorosas verdades de la realidad sombría de los cafetales, las infamias y crímenes que allí se cometen con los trabajadores.

Julia Arévalo.

PARA TODO LO RELACIONADO CON NUESTRO SEMANARIO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, DIRIJANSE A NUESTRO AGENTE FRANCISCO ELORZ, BEL RANO 2556.—B. AIRES.

PERFILES

I

Pío Baroja hace en su último libro «Juventud, Egotría», un descubrimiento interesante. Dice haber llegado a la sabiduría de que «nadie sabe nada». No está mal la frase y es seguro que hará su camino, especialmente entre los que se atormentan por singularizarse en el saber, entre los mediocres y los impotentes. Baroja gusta de construir sentencias revolucionarias. Decir que nadie sabe nada en un mundo que cree haber realizado geniales maravillas de sabiduría, equivale a tener un gran sentido de agudeza o un gran deseo de revolución.

El señor Pío, probablemente se habrá acercado a algunos hombres de sabiduría, sorprendiéndolos, infragantis, en algunas ingenuidades e ignorancias. Y es natural. La sabiduría no debe recibir el trato de nadie y debe permanecer escondida en su torre de marfil. El hombre que pasa por inteligente o por sabio, hace mal en tener tratos con nadie y en permitirse el lujo de ser simple o ingenuo. El señor Baroja, sin embargo, es posible que tenga para ver a esos hombres, ojos de vulgaridad. No importa que sea un buen literato y que su literatura se haya impuesto hasta en el continente que él, por excelencia, reputa de estúpido. El hombre vulgar, a veces, no excluye al literato. En efecto, a Ramón y Cajal le llama «pensador mediocre». ¿En qué postura de espíritu habrá leído a Cajal el señor Pío? No lo sabemos; pero es lo cierto que en una paginita ligera, fútil y frívola, lanza al celebrado histólogo español, el adjetivo hiriente.

Barojá quiere *aparecer*, ante todo, como un escritor sincero. Nosotros no podemos decir que lo sea, efectivamente. ¿Tiene tanto fondo eso de la sinceridad y se hacen, tan frecuentemente, protestas de sentirla, que vamos, con razón, desconfiando de ese sentimiento, lo mismo puesto en boca de un novelista que de un sabio! La sinceridad de Baroja no puede tener otro valor que el que le asignen aquellos que le lean. En tal concepto no han de faltar lectores que no dejen de poner en duda sus palabras, dichas así, en un tono casi axiomático y desde la doble concepción del humorismo y del desahogo.

El descubrimiento de Baroja que es una especie de corrección a una frase célebre, enuncia el egoísmo de querer entrañar un sentido eterno al que vaya engarzado el nombre de Baroja. Esto es un supuesto. Pero da que sospechar que en un mundo en el que nadie sabe nada, sea el mismo autor del descubrimiento el que burile una frase de sabiduría.

II

El hombre tiene la costumbre de mostrar su alma, cada vez que discute muy acaloradamente, cuando en este tono critica o censura. Es una costumbre que no puede remediar. Si supiera que en tal situación se está dando a conocer, acaso se moderara en sus apreciaciones infladas de egoísmo, de odio o de envidia. Hablar de otro en mal sentido y por hablar, es hacerse uno mismo su presentación.

En este instante estoy escuchan-

do a un periodista que enseña lo más adentro que tiene en el espíritu. Habla mal de un pintor. Dice de él cosas repugnantes, mentirosas y desvergonzadas. Su arte es pretencioso, amanerado y ridículo. El tono del discurso arrecia por segundos, descansa en una palabra de significado duple, culebrea en una sucesión de giros prostibularios, se agacha, resopla y vuelve a subir en un estrépido de voces, a las que se enlazan la de los espectadores que le rodean y escuchan complacidos. Y a medida que va moviendo despiadadamente el alma del pintor y acentúa la nota de su incapacidad y remarca que es mediocre, insignificante, simio, copista y un sujeto que quiere hacerse pasar por genio, él va poco a poco emitiendo el concepto que de sí mismo se tiene. Es un espectáculo único.

A él el arte le sugiere. Es sainetero o comediógrafo, y en este género de literatura pretende hallar el triunfo que persigue. Talento no le falta, como al pintamonas que fustiga. El público llegará a comprenderlo de una vez, y entonces escribirá sus obras definitivas. Ahora, y después del reconocimiento placentero de sí mismo, se ha producido una pausa. Y en tanto, yo que no he dejado de observar, me digo a mí mismo:

«He ahí un hombre que se ha descrito psicológicamente de una manera perfecta. Es a todas luces un hombre inferior que se desahoga haciendo crítica de lupanar, en venganza de las cualidades misérrimas que integran su espíritu. El hombre de cierto talento no habla con tanta rabia y busca para calificar las cosas una palabra justa. El pintor que ha criticado vale ya por su obra y mucho más como una esperanza de mañana. Pero él que sólo ha escrito ridículos adefesios, halla en el artista que es y que promete, la mejor oportunidad para maldecir su marcada impotencia».

III

La carrera del éxito que sigues con empeño tan sin igual, te tiene hecho una lástima. Las horas de tu vida son de un verdadero martirio íntimo, al pensar sin descanso como has de meter por los ojos de las gentes, la grandeza de tu talento.

Ser grande en el concepto de los demás, es el triste objetivo de tu vida. Cuando tomas la pluma para escribir, no piensas en la idea, en el asunto o el motivo literario, sino en el lector. Tener lectores es tu más grato interés, lectores que te distinguen, que hablen de ti, que te escriban cartas de felicitación y que te apelliden lumbrera de la época. Tu literatura tiene este nervio; y es que el afán más recóndito que te posee, es el de no pasar desapercibido. Eres escritor o así te apellidas, por los rumores sugestivos del aplauso. Por los demás, las pocas ideas que haces producir a tu cerebro torturado, son el producto de miserables masturbaciones de vigilia. De aquí que tu mismo te edites tus pobres libros y tú mismo los compres, para luego tener el placer de decir que se han agotado.

Ah, eres incansable en repetir estas inocentes diabluras. Y si al menos quedaran en la ignorancia, tus simulaciones tendrían, entonces, ese mérito. Pero no; a los mismos que te conocen en tu intimidad y en tu

esterilidad, te atreves a decirles que escriban páginas melosas sobre tu persona, a cambio de un puñado de centavos. Si tuvieras ideas que exponer o algo que enseñar, ¿cómo cultivarías esas modalidades que tan poca gloria han de darte? El escritor que lo es por una facultad mental desarrollada, escribe porque tiene que escribir, como las flores exhalan perfumes, las aves cantan y los astros brillan.

¿Por qué trabajas para invertir las cualidades de las cosas, cuando es algo tan imposible como inmutable?

Uno.

Vida católica

En el número próximo reiniciaremos la sección *sipcalíptica*: «Vida Católica». Habrán de reírse los que no tienen ganas, a costa de las cosas de sacristanes y cofrades mayores y menores. Ellos hablan de las ocho horas, del papa y del rey don Felipe II, y nosotros le vamos a poner unos puntos muy gordos sobre las... Bueno, pues, hasta el próximo.

En el país de Wilson

Yo soy un deportado por el gobierno del *demócrata* Wilson. Seis días de persecución y sesenta y seis de prisión, creo me dan derecho a hablar con conocimiento de causa de como las gastan los sicarios del norte con los trabajadores conscientes.

Soy un conocedor de los sucesos de barbarie que contra los trabajadores de la poderosa institución «Industriales Trabajadores del Mundo», se han cometido.

Cuando vivía como un anacoreta en mi piecita del centro de New York, haciéndome yo mismo la comida, utilizaba el resto de mis horas en investigaciones intelectuales y en la lectura de diarios y revistas. Fué así, que pude enterarme de muchos actos vandálicos que se han realizado en la persona de los trabajadores más dignos, contra aquellos hombres que en alguna forma han demostrado sus propósitos antiguerreros, sus altos y nobles sentimientos de humanidad.

Decía un diario de New York, que en el lugar llamado Buit—Montana—el día 3 de Agosto se había colgado de un árbol y ahorcado el ciudadano French Liter. Este acto fué realizado por un grupo de personas enmascaradas, que le arrancaron en plena noche de su casa y condujeron velozmente en auto hasta el lugar del crimen. Estos delinquentes enmascarados se dan el título de «Caballeros de la Colombia» o «Caballeros de la libertad», y constituyen una organización temible que, como es de suponer, goza de absoluta impunidad y por añadidura de la cooperación activa de las mismas autoridades.

Esta pandilla de forajidos, está formada por capitalistas y agentes de religión, para quienes la vida de un obrero es cosa despreciable y sin valor. No hace mucho, también lei, que, cuarenta automóviles llenos de enmascarados, invadieron, al amparo de las sombras de la noche, a una ciudad, raptando de su hogar a dieciséis compañeros, amordazándolos y conduciéndolos

después a un lejano monte, donde una vez desnudados completamente les pintaron totalmente el cuerpo con alquitrán y les cubrieron de plumas, pereciendo, víctimas de múltiples y horribles sufrimientos, casi todos.

Estos compañeros, como French Liter, profesaban ideas avanzadas y pertenecían a la sociedad obrera «Industriales trabajadores del Mundo», que en abreviatura es: I. W. W. y ello, era su único delito. Otro hecho, sucedió con un camarada anarquista llamado Gail Seat, acusado de peligroso, detenido y sentenciado a morir electrocutado.

Suerte aun más terrible le tocó al inteligente compañero Prager, que murió en manos de una horda de salvajes patrioterros en Conisville, los cuales le arrancaron de la cárcel para darse el placer de lincharlo.

Leyendo otro periódico, me he enterado que en la región minera de Montana, la policía arrestó a 1552 mineros pertenecientes a los I. W. W. los cuales fueron desterrados a Bisbe.

En el mismo lugar y otro día, después de realizado un mitin, redujeron a prisión a 185 trabajadores por el solo delito de pertenecer a los «Industriales Trabajadores del Mundo».

En Seattle Wach, la policía penetra en la secretaría de los I. W. W. detiene a los trabajadores allí reunidos en número de 300, y se llevan los muebles, biblioteca y demás objetos que existen en el local.

En la ciudad de Paterson, el año pasado, los cuidadores del orden penetraron en la redacción del periódico «La Era Nueva» y se llevaron detenidos a los trabajadores que componían un número de aquella publicación.

En Washington, a raíz de una gran manifestación antimilitarista, fueron reducidos a prisión 1941 hombres de ideas. En Clin Mass, una brigada de polizontes asaltó el periódico «Crónica Subversiva», robando cuanto les vino a mano.

En Boston, hicieron lo mismo con el periódico «El Proletario». En Brooklin, N. J., la policía le hizo terrible guerra al periódico «La Riscossa». Los chacales de Chicago, asaltaron a mano armada el periódico anarquista «Solidaridad». En la misma ciudad, un petardo policiaco sirvió de pretexto para detener a 200 obreros, y por último, recientemente, han sido procesados 112 compañeros más, en su mayoría pertenecientes a la organización de los I. W. W.

En California, han ido a prisión 1871 trabajadores por el delito de ser de los I. W. W. En la misma región, como se sabe, se le sigue todavía proceso a un grupo de carpinteros por el hecho del 22 de Julio de 1916.

Todos estos hechos y otros que omito porque sería larguísimo enumerarlos a todos, evidencian con que armas combate la burguesía norteamericana a los trabajadores de la organización I. W. W. para implantar en cambio el poderío de las organizaciones amarillas como la «American Federation of Labor», en abreviatura «Open Shop», que acaudilla el desvergonzado Samuel Gompers.

De ese propósito, se deducen tantos arrestos y crímenes, la vio-

lenta reacción que se ha desencadenado sobre los trabajadores más conscientes, entre los cuales me tocó también caer, víctima de aquella canalla, lo que describiré en mi próximo artículo, como demostración de los procedimientos que se usan contra los avanzados en la América del Norte, país, donde suponen muchos, que impera la más progresiva democracia.

B. RAMELA.

Aclaración

Habiendo leído en «El Hombre» fecha 6 de Julio, un artículo titulado «Racionalismo», veo que en sus párrafos finales se padece un error respecto a mi renuncia como cobrador de la Liga Racionalista. 1.º En mí, no ha influido ninguna clase de propaganda, como lo cree el articulista. 2.º Que con mi renuncia no pretendo perjudicar a la Liga, por que hay más cobradores que uno. 3.º «Pretextos fútiles», pueden ser para el articulista y no para el renunciante; y, para terminar digo, que no tengo la mala intención que el articulista me atribuye por su cuenta.

EL EX-COBRADOR DE LA LIGA.

A los carboneros del Cerro

Camaradas:

La vieja institución gremial que fuera en un tiempo baluarte para vuestras conquistas y ariete fustigador de las injusticias patronales, retorna después de un largo período de injustificado quietismo, llevar a los desolados hogares de los obreros de esta localidad la esperanza de un mejor futuro.

Pero, para que podamos ver realizadas nuestras ansias de bienestar, menester es que todos los carboneros del Cerro—que sienten en carne propia el dolor de las innumerables injusticias de que se les hace objeto—no desoigan este llamado y acudan a engrosar las filas de nuestro sindicato.

Será formando compactas y nutridas filas como podremos enfrentarnos con nuestros explotadores y quitarles—si no lo que por derecho pertenece a todo ser humano—por lo menos un poco más de libertad, de esa libertad que a la par que reparatora de energías, es también para los que se preocupan de los problemas sociales, camino abierto para la conquista del saber.

Compañeros: el momento es propicio. Que nuestros brazos, labradores de tantas riquezas que se encierran en agenas arcas, sean siquiera una vez utilizadas en provecho propio.

De el esfuerzo de todos depende el triunfo de nuestra causa. No queramos, pues, servir con nuestra desidia, a que la explotación persista tan inicua como hasta ahora existió.

¡A estrechar filas, pues!

LA COMISIÓN.

Montevideo, Julio de 1918.—Villa del Cerro.

NOTAS ADMINISTRATIVAS

Ateneo R. Villa Crespo—Recibimos 2 nacionales.

S. M. Fernández—Id. 1 nacional. S. Guidetti—Mandamos los ejemplares a F. B.

J. Castillo—Recibimos 5.85, van 25 ejemplares.